



Excma. Sra. Dña. Paola Binetti
Senadora de la República de Italia por el Partido Democrático.

Oriente Medio permite el estudio de un problema global.

En primer lugar, quiero dar las gracias al CEMOFPS por la invitación a participar en este seminario. He aprendido mucho en las conferencias de estos días. No soy experta en los problemas de Oriente Medio, por eso, oír de los protagonistas explicar cómo influye la religión en la vida política y más aún, ver cómo estas reflexiones se traduce en modelos que vemos en los medios de comunicación, ayuda a entender mejor lo que puede estar pasando en estos países. Mi mayor interés en participar en este seminario es que Oriente Medio es un lugar en el que la cuestión que tratamos tiene una dimensión extraordinaria, en una extensión territorial reducida y son los mismos problemas a los que se enfrentan todos los países, en este momento de nuestra Historia.

¿Los diplomáticos y los políticos están convencidos de que la religión es el mejor instrumento para la solución de los conflictos?

El tema de esta mesa redonda: *La diplomacia y la política y el papel de la religión en la reconciliación entre los pueblos*, pone sobre la mesa una cuestión sobre la que merece la pena reflexionar desde la perspectiva que acaba de mencionar el Embajador Hadas.

¿Hasta qué punto los diplomáticos y los políticos están convencidos e involucrados, a escala personal y profesional, de su papel institucional específico, y a escala global, del valor de la religión?

Me dirijo a los ministros de mi país que tienen responsabilidad directa en esta cuestión, a los Embajadores italianos que están destinados, y pregunto: ¿Cuánto influye la religión en la evaluación que hacen de los hechos desde la perspectiva política y de la construcción de la paz entre los pueblos?, ¿consideran la religión, como uno de los mejores instrumentos para modificar los acontecimientos?, o por el contrario, ¿ven en la religión un elemento que entorpece la reflexión, que complica el análisis de la situación?

La laicidad es la tendencia a evitar los conflictos mediante una política de búsqueda de soluciones de consenso que por no llegar a la raíz de los problemas, tiene una rápida caducidad.

Esta pregunta surge porque para Occidente (y me refiero sobre todo a Italia porque es lo que mejor conozco), la “laicidad” que es la palabra clave en este seminario, sirve para valorar los niveles de tolerancia, de la construcción de la paz y también de la posibilidad de tomar decisiones que sitúen a cada uno en su sitio y que eviten los conflictos por el método de no asumirlos. Éste es el riesgo que corremos.

Esta mañana lo primero que he hecho ha sido leer la prensa. No he encontrado los periódicos italianos, pero sí noticias de mi país en la prensa española. Hoy se publica una entrevista muy interesante a Walter Veltroni, que podría ser el próximo Primer Ministro italiano, donde puede verse cómo se entiende en Italia la “laicidad” y la “tolerancia”.

Ayer por la noche contaba a Giuseppe Cassini en la cena que ofrecía la FPSC a los ponentes del seminario, que el modo de afrontar los problemas se puede sintetizar en dos palabras; en italiano, *ma anche*, en latín, *sed etiam*, en español podría ser, “y también”. Con este sistema, ante cada

problema se asumen dos posiciones distintas, sin preocuparse de las contradicciones que de hecho puede haber entre las dos y procurando asegurar que el lenguaje sea lo suficientemente ambiguo para que estas dos posiciones puedan coexistir, es decir, se adopta una posición que ante los problemas sea un mero maquillaje. Pero esto no ocurre de manera voluntaria, sino porque es difícil enfrentarse a la casuística de los problemas y se presume que el público no será capaz de entender el tema y adoptar una posición única. Mediante esta práctica se adopta un lenguaje aparentemente tranquilizador que, a medio plazo, no soporten el peso de la contradicción que la ambigüedad trae consigo.

Desde este punto de partida, las religiones sean cuales sean (en este seminario tratamos las tres religiones monoteístas, las tres religiones fuertes) no se conforman con una mera habilidad lingüística, sino que piden respuestas que se adapten a la verdad. Demandan algo más; la política hoy en día no está preparada para dar respuestas de hondo calado a estas preguntas. Su papel es dar respuestas a lo cotidiano, solucionar problemas complejos de la vida ordinaria, y para esto, los políticos proponen medidas transitorias que no consiguen llegar al fondo de las cuestiones.

Se busca sustituir las religiones reveladas por la “religión civil” construida por el esfuerzo de buscar el consenso, ignorando las diferencias para llegar lo antes posible a soluciones pragmáticas. Esta tendencia debilita el sistema democrático.

Se busca sustituir las religiones reveladas, las religiones que permiten una relación personal con Dios, que permiten a los pueblos enfrentarse con la trascendencia, por las “religiones civiles”; religiones que se basan en *relaciones coincidentes*, sobre el esfuerzo de intentar encontrar soluciones que pongan de acuerdo el menor número de contradicciones. Se está buscando la unidad, a base de ignorar las diferencias, para resaltar la dimensión pragmática de las cuestiones, la *praxis* cotidiana. Este hecho debilita el sistema democrático más seriamente de lo que aparentemente pudiera parecer.

La situación en Oriente Medio resulta ser un modo de amplificar las falsas soluciones que podríamos estar construyendo y al mismo tiempo, da la oportunidad de sugerir modelos que podrían evitar la *guerra armada*, para iniciar la *guerra verbal*. Transformar un escenario de muerte, un escenario en el que se debe renunciar a la capacidad de razonar, debe ser el desafío de quien intenta reflexionar sobre su fe, sobre su religión en clave política. Hoy la exigencia es encontrar a través de la razón, considerada uno de los mejores elementos unificadores, los puntos de coincidencia.

No se debe caer en la tentación de imponer los valores propios sin tamizarlos, para que puedan ser acogidos por grupos que no pertenezcan a la misma tradición.

Podríamos estar tentados de imponer “al otro” la tradición, lo que está implícito en nuestra Historia, en nuestra conducta, empujados por la razón, por el número de practicantes de una religión, sin caer en la cuenta de la necesidad de traducir, sin traicionar, estos valores para mejorar la convivencia de las distintas religiones, una convivencia hoy más estrecha que nunca en todo el mundo. En Italia hay muchísimos musulmanes, una comunidad judía, una comunidad de creyentes católicos y también un grupo muy numeroso que son indiferentes, y que a su manera representan otro estilo de vida, otra forma de “religión”.

No se puede renunciar a la profundidad de la fe, a la capacidad de razonar.

El diálogo entre estas personas, entre estos grupos, entre estas culturas, exige una nueva capacidad de ir al fondo de los problemas. Me refiero a temas fundamentales, a cuestiones que se pueden abordar de manera distinta en cada una de las religiones. Por ejemplo, la vida; suscita unas preguntas concretas y unos objetivos también muy importantes. La vida y el hambre, la vida y la necesidad de afrontar las nuevas formas de pobreza, la muerte como consecuencia de conflictos, no por el conflicto mismo, sino por las circunstancias que imposibilitan el acceso a los medios de supervivencia. Todas estas cuestiones definen el principio mismo de la paz. El Papa

Juan XXIII hacía referencia a este punto en su encíclica *Pacem in terris*, diciendo que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, es decir, la mejora de las condiciones de vida de las personas, es una manera práctica de contribuir a la paz. De la misma manera, las grandes religiones pueden enfrentarse a la cuestión de la vida de los pueblos.

Esta cuestión está resuelta para los cristianos. Nosotros sólo tenemos que recordar la definición que de sí mismo da Jesucristo diciendo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Jesús es el camino, el medio, el diálogo, la comunicación, el debate. No es fácil distinguir entre los tres aspectos (camino, verdad y vida) porque no se puede renunciar a una búsqueda de la verdad. Por ejemplo, una cuestión esencial que plantea la verdad es la vida de las personas, de los pueblos, de los niños, a múltiples niveles. Incluiría en la cuestión de la vida el hecho de que en China o en la India, se haya llevado a cabo una selección de los niños por razón de su sexo. La relación de la tecnología y la vida, por tanto es esencial, pero es aún más grave la cuestión de la vida y el hambre y la tentación de diplomáticos y políticos de contraponer el principio de poder al principio de servicio.

De la riqueza de la religión se puede extraer la misión de servicio. Las religiones monoteístas desarrollan tanto una relación vertical (Dios-hombre) como una relación horizontal (hombre-hombre).

En Italia, a propósito del diálogo entre las religiones, se ha visto un anuncio que dice: “ODIO” con la “O” tachada para dejar en el punto de mira “DIO” (Dios en español). La alternativa no se puede limitar a “odio” o “Dios”. La religión debe ser el elemento que fortalece, que permita afrontar los verdaderos problemas humanos. Así se entiende el dicho “vine para servir y no para ser servido”. De la riqueza de la religión podemos sacar lo que desarrolla las posiciones que definen el propio papel y el espíritu mismo que impulsa la dimensión de servicio a los demás. Una verdadera religión monoteísta como lo son las que estamos considerando en este seminario, además de la relación vertical entre el creyente y Dios, tiene una dimensión horizontal, entre las personas que coinciden en la fe y entre las personas que coinciden en los objetivos que contribuyen a mejorar la calidad de vida.

La religión permite solucionar los problemas humanos.

Éste es el reto que debemos asumir diariamente. No es un reto atractivo en el debate pero sí un reto necesario si se quiere trabajar para construir las condiciones de paz.

El respeto interreligioso se materializa en el respeto entre las personas. A pesar de la actitud de servicio que debe ser la base de todo comportamiento religioso, a menudo los cristianos no encuentran una relación de reciprocidad.

En este sentido, el respeto mutuo entre religiones es posible si se respeta la condición misma de la persona. Históricamente la religión católica puede haber cometido errores; por ejemplo en la época de las Cruzadas, o en la Guerra de los Treinta Años, sin embargo, la evolución cultural define hoy el papel de la religión católica esencialmente y de manera universal, como una tarea “de servicio”. Esta característica se repite en todas las iniciativas relacionadas con la asistencia sanitaria, la educación, la lucha contra el hambre, etc. En los países de nuestro entorno, la cultura actual se construye sobre las bases del diálogo, en un contexto de problemas de inmigración, pobreza, ignorancia, etc., donde no se hacen diferencias entre grupos y donde se asume el derecho a servir. Sin embargo no se puede afirmar que exista un principio de reciprocidad cuando los cristianos son minoría en otros países.

Se ha calculado que el mayor número de mártires cristianos se concentra en el siglo XX. Para una romana, habituada al Coliseo, a las catacumbas, a una cultura de mártires cristianos de los primeros siglos (entiendo que no sólo hay mártires cristianos, pero son a los que me refiero en este momento), sorprende contabilizar el gran número de muertes cuya única culpa fuera profesar su fe.

El prejuicio ante el Islam es inadmisibile. Es necesario reivindicar el derecho a la libertad religiosa.

A propósito del principio de reciprocidad, se dice en Italia que hay cierto prejuicio ante los musulmanes, que se da una proyección mental de violencia, agresividad, de alto riesgo. Nunca debe juzgarse a las personas por la mera posibilidad, porque afortunadamente con frecuencia no llega a materializarse, por el contrario, debe desarrollarse una actitud de acogida, de confianza, de una verdadera cultura de inclusión y nunca de exclusión. Por supuesto que se dan conductas particulares, hechos ilegales tipificados y castigados. En la mayoría de los casos, nos enfrentamos a situaciones en que la única culpa es profesar una religión y esto no es admisible.

Sugiero que se haga una propuesta a la ONU, que obligue al respeto del derecho a la libertad religiosa. Este año celebramos el 60 aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos y éste es uno de los derechos que considero menos respetados. Una petición firme de respeto a la religión podría ser una buena celebración del aniversario.

La complejidad surge cuando los Estados estructuran la vida pública sobre principios religiosos. En países de larga tradición, la separación de la vida pública y privada es un hecho consumado.

En el ámbito de la representación pública de esta cuestión, el conflicto surge cuando se quiere imponer al Estado unas normas que obliguen a adaptar la estructura a los principios religiosos. En este punto habría que distinguir entre la dimensión personal de la religión, que es la auténtica posibilidad de vivir coherentemente con los propios valores, y algunas necesidades concretas que la propia dimensión pública (profesional) impone. En países de tradición antigua como los nuestros, a nadie se le ocurre protestar porque los médicos trabajen los domingos, o que el ritmo del trabajo profesional esté marcado por las exigencias del trabajo y no por las exigencias de la oración personal. Lo que no quiere decir que no se tenga el derecho a tener tiempo para rezar o para ir el domingo a la Santa Misa. A veces cuando chocas con otros modelos culturales, te encuentras con que éstos imponen reglas que pueden resultar difíciles de respetar.

La solución a los conflictos está en interpretar el sentido público a la luz de los valores trascendentes.

Esta batalla se resuelve a través de la cultura, porque el sentido personal y popular de la religión, (en Italia hablamos de “catolicismo popular”) tiene que poder interpretar exigencias fuertes que den el sentido de los valores trascendentes y de los valores humanos que constituyen la calidad de vida. No puede haber valores sociales que contradigan los principios fundamentales.

El diálogo nace en el contexto educativo por eso es conveniente la convivencia de las religiones.

No es conveniente que judíos, musulmanes y cristianos tengan ámbitos formativos totalmente separados, sino que deberían ser cada vez más frecuentes los ámbitos de formación compartidos (jardín de infancia, educación secundaria y universitaria) porque son los contextos científicos de mejor calidad, donde las personas se enfrentan con los problemas reales, donde se construye el diálogo. Sin embargo, este hecho no debe significar una renuncia a la religión, a las propias convicciones, y más tarde, desembocar en lo que podríamos llamar la “religión civil”, entendida como una religión de “buenas prácticas” de *good practice*.

Si se mantuviese activa la dimensión trascendente de la vida y la responsabilidad personal, la laicidad no degeneraría en laicismo o en clericalismo.

Mantener estas dos vías; por un lado la posibilidad de reconocer la dimensión trascendente de la vida, es decir, reconocer la importancia de la ley natural como principio organizador de un diálogo eficaz entre las distintas culturas y al mismo tiempo, confrontarlo con las realidades personales, es el verdadero reto en el que la laicidad no tiene riesgo de derivar en: laicismo o clericalismo. Hoy el riesgo está en que el hombre renuncie a afirmar concretamente los principios en los que cree, por miedo al contexto, o por falta de intensidad.

Las religiones deberían exigir comportamientos coherentes a sus creyentes y no admitir la negación del valor de la persona (la libertad, la conquista personal de su propia fe, etc.)

Hace unos días se hizo pública una estadística sobre el número de practicantes, que concluía que el índice de musulmanes ha superado al de católicos. Para hacer esta evaluación se utilizó el criterio demográfico (número de hijos). Esto ha provocado un debate sobre la coherencia de vida de los católicos de acuerdo con sus propios principios.

Las religiones deben pedir a sus practicantes, coherencia. Una coherencia de comportamiento, de palabra, de no caer en el anonimato fácil. Pero por encima de esto, lo fundamental es que se reconozca la coherencia “del otro” en su fe y que no se asuma en ningún caso, como comportamiento coherente la negación de nuestro mayor valor, el único que no es negociable, el valor de la persona.

Cuando una religión llega a negar el valor de la persona, su derecho a la libertad, a la vida, a la conquista personal de la propia fe, se está negando a sí misma. No puede ser considerada como religión, ya que en el sentido mismo del término *religere, religare*, está esta fuerte relación.

Retos: 1º) La defensa personal de la propia fe; 2º) La defensa de la propia identidad lleva aparejada el diálogo que al mismo tiempo permite profundizar en la propia identidad; 3º) La consecución de la laicidad exige responsabilidad personal y humildad.

Para concluir, propongo tres retos importantes; el primero, que cada uno sepa a nivel personal, en su vida cotidiana, indagar, profundizar, crecer, madurar en su propia fe y que lo haga con valentía, con inteligencia.

El segundo, es que en la dialéctica entre identidad y diálogo, cada persona sepa que defender la propia identidad, los valores en los que cree, no debe desembocar nunca en falta de diálogo, o incluso en un diálogo agresivo o violento y aún menos, en una conducta violenta.

Es sorprendente la falta de identidad que surge cuando una persona se cierra al diálogo, porque entonces renuncia a comunicarse, cuando se deja de combatir esta extraordinaria batalla que es plegarse, intentar convencer “al otro” sin necesidad de vencerle. El diálogo es la mejor ayuda para profundizar en las propias convicciones porque cuando entendemos con profundidad lo que pensamos, lo que sentimos, lo que creemos, podemos intentar explicárselo a otra persona. El diálogo desarrolla un fuerte sentido de identidad y las preguntas y dificultades que “el otro” nos plantea, nos obligan a reflexionar, a resolver nuestras propias contradicciones, a lograr una mayor coherencia. En definitiva, en la identidad y el diálogo está la fuerza misma de nuestra fe. Con una diferencia, el diálogo se puede hacer a partir de la razón, de la capacidad de comunicar y de dialogar, de argumentar.

El tercer punto es que tenemos que desarrollar una laicidad profunda, en la que encuentren su pleno sentido la responsabilidad personal (nadie se puede esconder de su misma religión. La religión existe en la persona misma) pero también, la humildad de saber que a pesar de todo, nunca se llega a ser suficientemente convincente. No obstante, esto último tampoco nos obliga a asumir pasivamente los argumentos de los demás, si no nos convencen.